HISPANOAMÉRICA Y EL PERIODISMO PENINSULAR DEL SIGLO XIX: TENDENCIAS, QUERENCIAS, PENDENCIAS *

"Breves son estos apuntes, lo sé;
pero... se puede ir a lo mayor aprovechando muy humildes ensayos."
(Hartzenbusch)

"SE dice en Europa", afirma Rufino Blanco Fombona, "que la América no posee más que riquezas naturales y coroneles y generales de revolución". [1] La resonancia europea citada por el crítico venezolano nos parece reflejar los ecos que dejó América en las contemporáneas revistas de la Península. Privado de tales fuentes de información (o deformación) como la televisión y la radiodifusora, el público lector del siglo XIX acudía a otra cátedra política y cultural, o sea al periodismo. ¿En qué forma llegaban al Viejo Mundo las noticias de ultramar, filtradas por el periodismo del país que la lengua común no podía menos de señalar como lógico intérprete de las tendencias culturales de la joven América? Este en breve es el tema de nuestra ponencia. [2]

Los principios culturales de las jóvenes repúblicas quedaron sumergidos en medio de los gritos de combate, caracterizándose las décadas polémicas por la escasez de material cultural en las columnas de las revistas peninsulares. Fue el silencio cultural el lógico resultado del ruido bélico y de la "invasión del mal gusto" que lo acompaña. [3]

Que sepamos nosotros, ni la prosa de Lizardi, ni los versos de Olmedo o Heredia, ni los ensayos o la poesía de Bello dieron con resonancia contemporánea en el periodismo español. Cuando tales órganos políticos y literarios como la *Revista Andaluza* (Sevilla, 1841-1842), la *Revista de Es-*

---

[1] *Grandes escritores de América* (*Siglo XIX*). Madrid, 1917. Prólogo, pp. 7-8.

[2] Este trabajo se basa en un escrutinio de revistas peninsulares efectuado en la Biblioteca Nacional, la Hemeroteca Municipal, la Biblioteca del Ateneo de Madrid, y la Biblioteca de la Universidad de Toronto. (La falta de espacio no nos permite incorporar nuestra documentación periodística.)

[3] J. J. Arrom, "Esquema generacional de las letras hispanoamericanas (Ensayo de un método)". *Thesaurus* (Boletín del Instituto Caro y Cuervo), t. XVII, n.º 1, enero-abril, 1962, pp. 110-128.

paña, de Indias y del Extranjero (Madrid, 1845-1848), continuación de la *Revista de España y del Extranjero* (Madrid, 1842-1844), o la *Revista Hispanoamericana* (Madrid, 1848), se permiten un vistazo en el panorama cultural de América, pasan por alto los fenómenos contemporáneos, evocando con cierta nostalgia las "glorias de España" simbolizadas por las pintorescas páginas de Cortés, Bernal Díaz y Ercilla. Los "Viajes por América" —precursores de la corriente costumbrista— no se fijan en los valores literarios. Señalan los detalles geográficos y los usos de cierta región, la visión del paisaje junto con la psicología de los habitantes, vivificado el color local del escenario por medio del alma de los pueblos desconocidos, las "Stimmen der Voelker" de la tradición herderiana.

En 1848 salió en Madrid la *Revista Hispanoamericana,* publicación de título prometedor que inauguró una larga serie de revistas de nombre igual, o a lo menos parecido, hasta hoy en día. Por lo que se refiere a la del 48, el título conduce a conclusiones erróneas, puesto que entre unas treinta y tres colaboraciones que montan a un total de 384 páginas figura una sola de cinco que tiene que ver con América. El índice señala el siguiente contenido: Estudios filosóficos: La lógica de Mill; un artículo sobre Italia; una leyenda alemana; una novela rusa: el octavo canto de la *Jerusalén* del Tasso; Estudios históricos, políticos y literarios sobre los judíos de España, por José Amador de los Ríos, así como una traducción del Salmo XVIII de la biblia hebraica. Entre esta masa de material, tan heterogénea como internacional (que parece ilustrar por excelencia el credo lopesco, "Por la variedad hermosa naturaleza se llama"), aparece un informe que en el año de 1797 dirigió D. Diego de Alvear al Virrey de Buenos Aires sobre la "historia, vida y costumbres de los indios tupis". Justifican los redactores de la revista el único aporte de índole americana con este preámbulo: "tratando de unos pueblos tan poco conocidos y originales por sus costumbres e inclinaciones, ofrece tanta novedad como interés". ¿Hemos de suponer que si hubiera continuado su labor la *Revista Hispanoamericana* en vez de suspender la publicación "hasta que pase la dura crisis por que está pasando el comercio de librería", se habría brindado más material americano? Es vana especulación, pero la discrepancia entre el título y el contenido fijó una tendencia que no tardaron en imitar otras revistas de la época.

La siguiente década no sólo trajo consigo la publicación de *Amalia,* así como el derrumbe de Rosas y la muerte de su "verdugo poético", Esteban Echeverría, sino también dos importantes sucesos periodísticos. Aludimos al estreno de *La América* —crónica hispanoamericana— "periódico con-

sagrado a los intereses de nuestros hermanos de ultramar" (según la descripción de la Avellaneda), y a los conceptos de don Juan Valera sobre la poesía brasileña. Escribió Emilio Castelar en el número inicial de *La América*: "Poetas americanos, prestad a los poetas europeos el alma de vuestros bosques; poetas europeos, prestad a los poetas americanos ...vuestras maravillosas tradiciones". Cuatro años antes había captado Valera el espíritu de los "bosques americanos", analizando, a raíz de un viaje al país, la esencia de la poesía del Brasil y señalando la "predisposición del pueblo brasileño a la poesía y a la música".

Las palabras de Castelar que exigían intercambio y comprensión de los valores culturales contemporáneos y la inteligente estimación de Valera que reflejaba tal comprensión no podían menos de ofrecer buen augurio para que se iniciara una nueva etapa en las relaciones culturales entre Europa y América. Sin embargo, la reacción periodística de la segunda mitad del siglo no manifiesta cambio radical de actitud. A pesar de la rotunda afirmación de Francisco Muñoz del Monte que "La Europa y la América son hoy los dos grandes focos de la luz intelectual destinada a iluminar un día todo el ámbito del orbe", el reflejo de esta luz que llega desde Sudamérica a las revistas peninsulares, y a través de ellas a Europa, no deja de ser pálido por el momento. Claro que pasó la época del extremado fanatismo, de modo que se trasluce cada vez menos el "valladar de odio y de olvido entre la patria de los Corteses y Pizarros... y las inmensas regiones por ellos descubiertas y conquistadas". Pero tampoco se comentaron debidamente los fenómenos culturales de esta época en que, según un estudio reciente, "por la abundancia de las obras, por su inconfundible americanismo, por el vigor con que florecen todos los géneros, las letras hispanoamericanas han llegado a su pleno desarrollo".[4] Y este "pleno desarrollo" no se refleja en las revistas peninsulares.

Además de la ya citada *La América* (1857-1870) habían inaugurado su labor meritoria tales importantes revistas como *El Mundo Universal* (1857-1869), continuado en 1869 por *La Ilustración Española y Americana*, así como la *Revista Española de Ambos Mundos* (1853-1855), "dedicada no sólo a nuestro país sino también a la América española", y otras revistas, sea de vida efímera ("corta vida y escasa importancia", diría Hartzenbusch), sea de salud más robusta. Consta por lo tanto que existían los vehículos para la diseminación de los valores contemporáneos, símbolos de

[4] *La América*. Año III, n.º 17, 8 nov., 1959 (con motivo de la reseña de *Gerónimo el honrado*, novela original de Ramón Piña).

la "nueva realidad". Sin embargo, en vez de dejarnos ver y sentir la nueva realidad, vuelven a los nostálgicos ecos de la tradición colonial. Vuelven a surgir los idealizados bosquejos de la vida de Colón, los elocuentes tributos al conquistador de México, a Bernal Díaz y a Ercilla, así como los amenos recuerdos de viajes (sin alusiones literarias), los idilios del paisaje y los pintorescos tipos y costumbres. Por lo que toca a los encantos geográficos de América, el buen artículo que rinde tributo a las cataratas de Niágara, "una de las mayores maravillas de la naturaleza", menciona la pluma de Chateaubriand, dejando de citar a cierto joven cubano y su inmortal homenaje que había salido casi cuarenta años antes de que apareciera el artículo.

Son pecados de omisión, a lo mejor pecadillos; sin embargo revelan tendencias que, tomadas en total, explican lo fragmentario de la visión europea.

Las pocas revistas que reconocieron la existencia en ultramar del "coro de vástagos altos, robustos y fuertes", por lo común lamentaron la inquietud política y social, sin fijarse en la inquietud intelectual y literaria que fue causa y fruto de la política. Cuando se plantea la "cuestión" de México o la de Chile (además de la de Cuba y la de Santo Domingo por supuesto), no es literaria sino política, económica y social. Si se menciona la tierra de Miranda, Bello y Bolívar, no es para analizar su contribución cultural, sino para poner de manifiesto los problemas políticos que acosan al país.

Es tan obsesionante la preocupación política de la época que hasta las revistas que emplean el eufónico adjetivo "literario" por fines decorativos, no sienten muchas veces la obligación de ofrecer comentarios literarios. Caso típico entre muchos es el de *La Isla de Cuba,* de Madrid, que se nos presenta bajo el disfraz de "Revista política, económica, literaria y de administración", y que apenas contiene alusiones literarias.

Además de los cubanos Heredia, Plácido y la Avellaneda, sólo Olmedo y Bello atraen la atención crítica en las revistas peninsulares de la época. Por más que se prodiguen tales elogios generales como "Escritores hay en aquellas repúblicas que pueden competir con los mejores de la península", falta por lo general la documentación, faltan los detalles acerca de los escritores y los escritos que infunden vida y sentido en las generalizaciones. En total queda la impresión de antes: en vez de enterarse de la joven América por medio de los aportes culturales de categoría, el lector peninsular, y el europeo, la conoce a través de los recuerdos coloniales, los

"Viajes por América", y bocaditos contemporáneos, por lo común de poca estatura artística.

Sostiene Manuel Cañete que la ignorancia peninsular respecto a la cultura contemporánea de América se debe en gran parte a la general indiferencia hacia los estudios literarios y al problema de comunicación. No cabe duda de que estos dos factores (junto con la pasión política y "la pereza") complicaron la justa valoración del panorama cultural americano. Sin embargo, confrontando el argumento de Cañete con nuestra documentación periodística, se presentan ciertas contradicciones. Por lo visto se estimaban bastante los "estudios literarios" para justificar aquéllos relativos a la Península, a Alemania o a la América del Norte; si bien es cierto que existían graves problemas de comunicación, también es verdad que penetraban en la Península las noticias de muchos escritos de importancia secundaria.

A nuestro parecer, el nebuloso concepto de la cultura americana debe atribuirse al erróneo enfoque de parte de las revistas en limitarse a elogios de las obras del pasado colonial, así como ciertos aislados escritos contemporáneos de poca categoría, dejando de reconocer las obras que hacían pulsar al corazón americano. Los motivos citados por Cañete no bastan para explicar el elocuente silencio durante la mayor parte del siglo XIX en torno a tales figuras como "El Pensador Mexicano", Altamirano, Manuel Paynó, Manuel de Jesús Galván, Mármol, Echeverría, Alberdi, Sarmiento, Blest Gana, Palma, Issacs y los encantadores productos del "mester de gauchería" desde *Santos Vega* hasta *Martín Fierro*.

A raíz de la reacción de las revistas que hemos examinado se impone otro motivo, motivo psicológico más bien que estético, geográfico o ideológico. Es que el recuerdo de los tiempos pasados correspondía a la instintiva reluctancia, consciente o subconscientemente, de aceptar la nueva realidad y de divulgarla. La misma nostálgica visión que en medio de los gritos de combate, y ya en pleno siglo XIX, había producido los artículos y los versos de caluroso tributo a Colón, Cortés, Bernal Díaz y a Ercilla nos parece fijar el *leitmotif* que caracteriza la reacción peninsular a lo largo del siglo.

Las revistas resistieron el espectáculo de la independencia intelectual y cultural. Tres siglos de dominio colonial les hicieron pasar por alto a la joven América e insistir principalmente en el elemento español. Tal actitud se revela en el ejemplo de Patricio de la Escosura, quien toma la pluma para comentar un libro de letras venezolanas y acaba por escribir una elocuente apología de las labores de la Real Academia Española. Es un caso

típico de los tantos en que el título de una obra americana sirve de pretexto para discurrir sobre el vínculo cultural y psicológico entre la Península y América: ésta sirve de estímulo para hablar de aquélla.

Estuvo en lo cierto Blanco Fombona cuando dijo en 1917 que durante el siglo XIX "por encima de las crestas andinas se levantan algunas cabezas". Pero los contemporáneos peninsulares carecían de perspectiva para reconocerlas debidamente y para comunicar su visión con simpatía al resto de Europa. Está por demás decir que tampoco se puede absolver a los mismos americanos de gran parte de la culpa por esta falta de resonancia cultural. (Cita Manuel Cañete la "indiferencia ... con que han solido prescindir de allegar noticias relativas a sus escritores y poetas".)

No era brillante el mosaico cultural hispanoamericano del siglo XIX. ¡Ni mucho menos! Pero tampoco era tan pálido como parecería al hojearse las revistas peninsulares. El continente independiente andaba a tientas buscando su identidad. Surgían, en medio de la "anarquía engendrada por la tiranía", autores y obras aislados que sin integrar un orgánico conjunto cultural contribuían sus toques al perfil americano. Brota, a raíz de la fusión entre la antigua tradición y la nueva realidad, "el inconfundible americanismo" que contrasta tan vivamente con los productos de los siglos anteriores.

En fin, no quedó "estacionaria la musa" desde "La victoria de Junín" hasta *Azul*; más bien quedó estacionaria la crítica, a nuestro juicio. Y la reacción europea (ver nota 1) fue el lógico resultado.

KURT L. LEVY

Universidad de Toronto.